

¿BABEL O PENTECOSTES?

Renzo Ricciardi

"Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?" (Mt. 14, 31). Con estas palabras el Señor reprochó a Pedro, quien, después de haber caminado sobre las olas para ir a su encuentro, empezó a hundirse porque le sobrevino el miedo.

Es verdad: el mar está arremolinado; y muchos Pastores, después de haber caminado milagrosamente sobre las aguas, durante el Concilio, han empezado a tener miedo de lo que habían hecho. Pero no hay motivo para perderse de ánimo y ser pesimista.

Dios bendiga a Mons. Benítez Fontúrvel, arzobispo de Barquisimeto, por haber animado a sus feligreses en su mensaje navideño, asegurándoles que "la Iglesia no está próxima a un nuevo cisma, sino a una renovación de la fe, y todos los signos que actualmente se están observando son producto de la constante evolución que, en diferentes épocas, se ha venido desarrollando en el mundo cristiano". Y el propio Paulo VI, después de haber manifestado una y otra vez la humana angustia de su corazón paternal, ha pronunciado nobles y valientes palabras (23-12-1968) a propósito de las divergencias aparecidas en el seno de la Iglesia católica, reconociendo que la crisis religiosa no era tan grave y que los elementos positivos eran más numerosos que los negativos en la ebullición religiosa actual.

El Papa Juan había dicho que quería que el Concilio fuera una nueva primavera para la Iglesia, y el Señor colmó su deseo más allá de sus previsiones.

Crisis de crecimiento

El Card. Léger, arzobispo de Montreal, quien hace un año y medio renunció a su cargo y se fue a vivir a un leprocomio en

el Camerún, en una entrevista concedida en Roma, donde estuvo de tránsito el pasado noviembre, a una pregunta de la periodista Liliana Chiale, contestó:

"Todas las crisis confluyen en Roma; por consiguiente, una multitud de problemas acaban cada día sobre el escritorio del Papa... Es evidente que para Paulo VI todos estos problemas son causas de grandes preocupaciones porque ve en ellos una 'crisis del hombre', siente que es la humanidad misma la que está en crisis. No es que esto sea motivo para desesperar porque las crisis, casi siempre, son indicio de vitalidad, como las de la infancia y de la adolescencia. Sin embargo, cada crisis provoca sufrimientos: un padre o una madre que ven a sus hijos en ese estado de angustia, que tal vez los lleva hasta la rebeldía, sufren por ellos y con ellos, aunque sepan que, después de aquella prueba, se volverán adultos." (Rocca, 1-12-1968)

La crisis actual de la Iglesia es, sobre todo, eso: una crisis de crecimiento. No somos tan ciegos como para no percatarnos de la eferescencia de cierta teología ni de los focos de inconformidad que se han levantado en distintas partes; pero no es el caso de alarmarse: se trata de choques inevitables debido al tránsito que se está realizando de una Iglesia "de estabilidad" a una Iglesia "de movimiento"; la primera estaba basada en la obediencia y el conformismo del clero y de los seglares a la autoridad vertical, y la segunda en el diálogo y la libre discusión que tal vez, por incompreensión y resistencia de una parte y exageración e intemperancia de la otra, pueden llevar hasta el desacato y la indisciplina.

Si vamos al fondo, caeremos en la cuenta de que, como en todas las cosas humanas, la razón no está necesariamente toda de una parte y el entusiasmo de otra. Los nuevos criterios del Vaticano II deben calar profundamente en el pueblo de Dios —magisterio, clero y laicado— y eso no es cosa que todos puedan realizar rápida y contemporáneamente, sobre todo los de una cierta edad. (No lo digo por desprecio.) Me refiero no sólo a la mentalidad cerrada de algunos ancianos Pastores, sino

también al defecto de formación y a la escasa madurez emocional de muchos sacerdotes jóvenes.

Esperamos que se generalice el sistema, que se está experimentando en algunos países, de someter a un examen psicológico a los candidatos al sacerdocio para descubrir no sólo las falsas vocaciones, sino también las eventuales fallas emocionales que podrían producirse en el futuro. Además, es todo el sistema educacional de los seminarios y escuelas superiores de formación clerical el que se está revisando. El viejo sistema se caracterizaba por una excesiva rigidez y severidad, que no respetaba la libertad de los jóvenes, con el pretexto de moldearlos y temprarlos mejor; y generaba la pasividad en la mayoría, la hipocresía en muchos y complejos e instintos de rebeldía en unos pocos. Lo malo es que ésta no se manifestaba casi nunca durante el período estudiantil; refrenada y sofocada por mucho tiempo, tal vez estallaba más tarde, creando el escándalo de los curas rebeldes.

Cristo, en los Evangelios, no se demuestra nunca autoritario; respeta siempre la libertad ajena; a las normas tajantes prefiere las invitaciones discretas que calan hondas en el corazón: "Quien quiera venir en pos de mí... Si quieres ser perfecto..." El imperativo pertenece al Antiguo Testamento: "Amarás... No matarás... No codiciarás..." Era algo necesario para un pueblo aún no adulto; sin embargo, la Iglesia, en los veinte siglos sucesivos a la Encarnación, siguió más apegada al Antiguo que al Nuevo Testamento. El Vaticano II busca remediar esta falla: es por eso que inaugura una nueva era en la Iglesia. De aquí la tragedia de los que, sobre todo en la clase sacerdotal, han sido criados y educados con el antiguo sistema. Y también las rebeldías (por supuesto, no todas tienen este origen) de unos cuantos que, bajo el antiguo sistema, no se habían vuelto adultos. Su inconformidad actual tal vez es un estallido retrasado, la consecuencia de una formación equivocada que no llegaron a corregir, como los demás, a lo largo de su vida sacerdotal.

Tiene razón el Card. Léger también cuando sostiene que la crisis de la Iglesia entra en el cuadro más amplio de la crisis de la humanidad; el despertar del hombre de hoy se realiza bajo el signo de la contestación, y los católicos no hacen excepción a la regla. Todo esto ¿es peligroso o providencial?

Entre los sucesos que han turbado a la Iglesia en estos últimos meses hay dos que presentan notas comunes: los conflictos nacidos en Florencia y en Lisboa entre los jefes de aquellas arquidiócesis y dos curas párrocos: el que dirige desde hace 15 años la parroquia suburbana y popular de **L'Isolotto** (el islote) y el que acaudilla desde hace 12 años la céntrica y burguesa parroquia de los Jerónimos, en el barrio residencial de Belén. El Padre Enzo Mazzi había implantado un tipo de pastoral comunitaria, una experiencia vivencial de la "Iglesia como lugar de encuentro", que provocaba grandes entusiasmos y fuertes críticas, sobre todo por sus tendencias izquierdistas. El Padre Felicidade Alves, a su vez, había iniciado en un ambiente completamente distinto una experiencia pastoral a la medida del Vaticano II, realizando el deseo de su feligresía, "no de otra Iglesia, sino de una Iglesia que sea otra". En ambas iniciativas parroquiales pueden señalarse como valores positivos la exigencia de una mayor pobreza de la Iglesia y la acentuación del carácter comunitario del empeño pastoral.

Como todas las experiencias de renovación (recuérdese la de los sacerdotes obreros), también la de Florencia y de Lisboa llevan consigo, junto con valores innegables, algunos riesgos; despiertan aprobaciones, pero también divergencias. (A la parroquia del Isolotto se le ha reprochado, entre otras cosas, la recopilación de un catecismo infantil de fondo social, mientras el Vaticano II reserva esta facultad a sólo las Conferencias Episcopales nacionales; pero Don Mazzi ha contestado que se trataba de un borrador que sus parroquianos entendían presentar, como contribución propia, a la Comisión episcopal que está trabajando en la preparación del catecismo.)

A pesar de las versiones sensacionalistas y deformantes de la prensa, en ninguno de los dos casos podía hablarse de rebeldía, individual o colectiva, hasta que las dos experiencias han sido abruptamente interrumpidas. Es de añadir que estas iniciativas parroquiales se están multiplicando en todas partes.

Vino nuevo en odres viejos

Si queremos mirar más allá de los dos episodios y plantear la cuestión en términos generales, puede decirse que la mayoría de los problemas que nacen hoy en la Iglesia tienen su origen en lo inadecuado de las estructuras jurídicas actuales respecto a las exigencias de renovación que se hacen cada vez más apremiantes. Por un lado hay una praxis y un derecho canónico, inspirados en una concepción piramidal de la Iglesia; por el otro se adelanta el anhelo de una corresponsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios (el Card. Suenens acaba de publicar un hermoso libro sobre el argumento); es decir, se va esbozando un nuevo ideal de las relaciones entre el Papa y los Obispos (re-

suelto positivamente por el Concilio), los Obispos y el presbiterado, los sacerdotes y los laicos, relaciones animadas por el principio de la colegialidad. Frente a estas exigencias de renovación, la reacción de algunos es de alarma, por miedo que pueda ser comprometido el principio jerárquico en la Iglesia; y, por tanto, se ponen tiesos en la defensa de las viejas formas jurídicas, estimándolas como salvaguardia necesaria del principio de autoridad. La superación de los motivos de conflicto está, por el contrario, en la búsqueda y la realización de un equilibrio más armonioso entre sentido de comunión y reconocimiento de la autoridad, entre el sacerdocio universal de los fieles y el sacerdocio ministerial en todos sus niveles, entre carismas e instituciones.

Es del diálogo y de la comunión (común unión) de los pastores mayores y menores entre sí y entre éstos y los fieles, que depende la evolución futura de este estado de tensión. Me parece que en todo esto no está en peligro la unidad de la Iglesia, si por unidad se entiende la ausencia de cismas que dividan el episcopado o separen formalmente grupos de fieles de sus pastores; la misma sensibilidad al diálogo y la exigencia de una más profunda comunión y corresponsabilidad eclesial constituyen una tendencia contraria a desviaciones de tipo cismático. Hay sólo el problema de una unidad de amor y de servicio en la Iglesia, que sepa respetar y aprovechar todos los carismas en su actuación fecunda. Se ha repetido varias veces, en estos últimos años, sobre todo en el Concilio y de parte de la Jerarquía, que unidad no quiere decir uniformidad; es necesario que este principio sea llevado a la práctica con respeto y comprensión recíproca, sobre todo en relación a las formas en que las distintas comunidades leen los signos de los tiempos.

Los Pastores deben salirse de su torre de marfil, que tal vez se vuelve sólo "torre de control", y estar más íntimamente unidos a su grey, personarse en las parroquias no sólo por las visitas canónicas; observar, escuchar, animar, sobre todo discutir los problemas que se les plantean.

No es nada fácil, por cierto, el cargo de Pastor en estos últimos tiempos; el Cardenal Suhard, arzobispo de París, murió con el corazón destrozado por la indiferencia religiosa de su grey, de la que decía: "Yo deberé responder al Señor que me la ha confiado." El Papa Juan encontraba también el tiempo de hacer el Obispo de Roma y visitaba sobre todo las parroquias más populares y aledañas; cuando era Patriarca de Venecia tuvo sus problemas parroquiales y los resolvió sin imponerse, sin provocar conflictos ni menoscabar la dignidad de sus subordinados.

La necesidad de un verdadero diálogo en el interior de la Iglesia viene indicada explícitamente en la **Gaudium et Spes**, n. 92. El diálogo implica el hablar y contestar, escuchar y replicar alternativa-

mente entre dos o más interlocutores; es confrontación y chequeo de valores comunes con recíproco enriquecimiento final. Todo esto no quiere decir desconocimiento de la autoridad en la Iglesia ni puesta en discusión del deber de obediencia de los subalternos a los superiores, sea en el magisterio, sea en el clero, sea en el laicado; al contrario, todo esto tiende a provocar una ampliación del concepto de autoridad. Autoridad y obediencia siempre, pero "iluminadas", quiero decir, ejercidas por superiores y fieles, sin antagonismos, en cuanto único pueblo de Dios; comunión, no cuartel; siempre atentos a descubrir el camino que el Espíritu señala: así el Evangelio y el Vaticano II. Esta relación es, sin duda, más adulta y, por consiguiente, más difícil.

La crítica a la autoridad es uno de los pasatiempos preferidos de una parte del pueblo fiel, incluyendo sacerdotes y laicos. Es un mal cuando se realiza a nivel de murmuración, pues es índice de frustración y cobardía; es un bien cuando se manifiesta en la caridad (es decir, cuando la crítica y la contrapropuesta se hacen en función constructiva de servicio, que enriquece a todos) y en la humildad (es decir, en la actitud de quien está convencido de poder equivocarse a su vez, y ofrece su crítica respetuosa como propuesta, con espíritu de colaboración, y no como algo que quiere imponerse a toda costa.)

"Los que reivindicaban a sí mismos la autoridad, negándola a quien la ha recibido de Dios —para usar una frase de Paulo VI en su mensaje al *Katholikentag* del año pasado—, no han entendido nada ni de la realidad eclesial ni del concepto de autoridad." Asimismo, poco ha entendido de la Iglesia, cualquiera sea su categoría, quien interpreta toda crítica como una falta de consideración o una rebelión a la autoridad. Son dos actitudes que se realizan a menudo, dos extremismos iguales y de signo contrario, peligrosos para la vida de la Iglesia. La relación Papa-Obispos ha sido resuelta por el Vaticano II, al menos en vía de principio, con la doctrina de la colegialidad (que, según se anuncia, será precisada mejor en lo que atañe a las Conferencias Episcopales en el próximo Sínodo), mientras la relación Obispo-párroco representa un terreno aún virgen que debe ser estudiado y reglamentado a la luz de los principios del Vaticano II. Y debe ser un estudio bastante amplio, porque no sólo Obispo y párroco, sino todos los fieles —laicos y sacerdotes de la parroquia— deberán tener su espacio de corresponsabilidad y de diálogo, al cual no puede quedar extraño el Obispo, quien abarca en su carisma de Pastor todas las comunidades de su diócesis. **Oportet ut eveniant scandala**: los conflictos parroquiales de Florencia y de Lisboa deberían ser ocasión para un examen exhaustivo de este problema con el fin de crear las nuevas estructuras que la eclesiología conciliar exige y el pueblo fiel espera.